

La organización del lexicon en lengua extranjera

MARTA BARALO

Dentro del marco teórico generativista, el modelo de estructura del componente léxico ha ido variando y refinándose con las distintas propuestas de la teoría lingüística. En un principio, el lexicon se concibió simplemente como un conjunto de piezas léxicas (Chomsky, 1970); por el contrario, en el modelo actual, el lexicon mental aparece dotado de una estructura interna compleja, capaz de regir una amplia variedad de fenómenos (Chomsky, 1995). A pesar de que se ha sostenido con frecuencia que la organización del lexicon en la lengua extranjera (L2/LE) se asemeja a la de los niños en la lengua materna (L1/LM), en el sentido de que en ambos casos se basa en asociaciones fónicas/sonoras, de tipo «clang», queremos demostrar, a partir de datos de la interlengua española (IL), que la organización del lexicon es cualitativamente semejante en ambos sistemas lingüísticos ¹.

1. EL LEXICON Y EL SISTEMA COMPUTACIONAL

El modelo teórico del que partimos supone la existencia en el cerebro de un módulo cognitivo, especificado para el lenguaje, constituido por una estructura modular que distingue entre el lexicon y el sistema computacional del lenguaje.

El lexicon es un conjunto de elementos léxicos; básicamente, una lista de elementos que constituyen las unidades atómicas de la sintaxis. Cada ítem contiene

¹ La primera versión de este trabajo se presentó en el XIº Congreso Internacional de la ALFAL. Las Palmas de Gran Canarias. Julio 1996.

un sistema articulado de rasgos que debe especificar las propiedades fonéticas, semánticas, morfológicas y sintácticas que son idiosincrásicas para él. En particular, cada entrada especifica las relaciones temáticas en las que interviene, o que puede establecer con otros elementos (i.e. su marco de subcategorización y de asignación y recepción de papeles semánticos o temáticos). Toda esta información se proyecta a la estructura y organización de los sintagmas respectivos, gracias al sistema computacional, esto es, la gramática de la lengua. En otras palabras, el modelo da cuenta de la propiedad de todas las lenguas de «hacer uso infinito de medios finitos». Entendemos, por tanto, que el *lexicón* está constituido por elementos sustantivos o formantes, que metafóricamente podríamos denominar el almacén o diccionario del léxico; por elementos relacionales o reglas, que problemáticamente actúan de manera semejante al sistema computacional de la sintaxis; y, posiblemente, por principios abstractos que rigen la forma y funcionamiento de esas reglas (condición de adyacencia, hipótesis de la base única, entre otros), como recogemos en el siguiente esquema:

(1) LEXICÓN		
Principios Universales	Reglas de Formación	Formantes (diccionario) Palabras, temas y afijos

La existencia de estos tres tipos de elementos específicos del componente morfológico hacen posible que todo hablante de español sea capaz de reconocer la buena formación de (2) y, al mismo tiempo, rechazar una formación como (3):

- (2) $\{[in \{[compara]_V ble]_A]_A mente\}_{Adv}$
 (3) $*\{[in [compara]_V mente\}_{Adv} ble]_A$

El componente morfológico-léxico se puede representar en tres niveles básicos: en primer lugar, los datos de entrada de las reglas de formación de palabras, que contienen una lista finita de morfemas; en segundo lugar, las reglas de formación de palabras y, por último, la salida o producto de estas reglas, que contiene, teóricamente, un conjunto infinito de palabras, aunque este producto pueda convertirse en dato inicial para un nuevo proceso de formación de una nueva palabra. Debido a que la mente/cerebro no es capaz de retener un conjunto infinito, el conjunto de las «palabras posibles» se puede reducir al subconjunto de las «palabras existentes» en una lengua determinada.

El hablante nativo de una lengua percibe una relación entre una palabra del lexicón y otra u otras piezas léxicas relacionadas con ella por su similitud fónica y su parentesco semántico, debido a la regularidad que presentan estas relaciones. En el caso de los adverbios terminados en *-mente*, el hablante relaciona el adjetivo *posible* con el adverbio *posiblemente* de la misma manera que puede relacionar el adjetivo *evidente* con el adverbio *evidentemente* y así sucesivamente hasta una larga lista de entradas léxicas que muestran una constante productivi-

dad. El conocimiento intuitivo del nativo le permite reconocer cuál es el primitivo, cuál es la palabra derivada, cuál es el afijo añadido, y qué tipos de relaciones semánticas mantiene éste con la base. Su competencia morfológica le permite también distinguir qué palabras son posibles y cuáles no pueden formarse o cuáles no existen en su lengua aunque podrían ser posibles. Y no sólo esto. Conoce, además, que las reglas derivativas se aplican en un determinado orden que está preestablecido por la subcategorización propia de cada afijo. Es el caso, por ejemplo, de *-mente*, que sólo puede seleccionar una base adjetiva y que bloquea su unión a cualquier otra clase de palabra; o de *-or/a*, que selecciona una base verbal para formar un nombre agentivo, del tipo *jugador/a*. Su competencia morfológica le permite conocer que la distribución de los afijos está sujeta a reglas que él domina perfectamente, de manera no consciente, por supuesto, y le permite distinguir que una palabra como la de (2) está bien formada en español porque respeta las condiciones de buena formación impuestas por esas reglas y principios y que una palabra como la de (3) está mal formada, es decir, no entra dentro de las palabras posibles del español, porque no respeta las condiciones de buena formación. Todo este conocimiento intuitivo del hablante nativo constituye, dentro del modelo teórico que nos sirve de marco para nuestra investigación, la competencia morfológica, que entendemos como un aspecto específico de su competencia léxica.

Tradicionalmente, se ha propuesto que el proceso de formación de palabras está basado en la «analogía», entendiendo ésta como la identificación de una identidad de similitudes (o diferencias) con otras formas del lexicon. Bloomfield consideraba los procesos de creatividad lingüística como resultado de la analogía: «Una analogía regular permite al hablante producir formas que él no ha escuchado; decimos que las produce sobre la analogía de formas similares que ha escuchado» (Bloomfield, 1933: 269).

Chomsky rechaza la noción simple y directa de la analogía para explicar la creatividad léxica de los hablantes, en favor de una interpretación más abstracta, que al igual que en la sintaxis de las oraciones, dé cuenta del problema de «hacer uso infinito de medios finitos».

En Chomsky (1995) se recoge la sugerencia de que las propiedades del lexicon también estarían constreñidas por la GU o por otros sistemas de la mente/cerebro. Se podría pensar que, tanto en la LM como en la LE, los elementos sustantivos (nombres, verbos, adjetivos, preposiciones) están configurados desde un vocabulario universal invariante, y que sólo los elementos funcionales estarían parametrizados. Desde un punto de vista psicolingüístico, este marco teórico nos lleva a plantearnos preguntas como las de (4):

- (4) a. ¿Qué elementos (o morfos) están listados en el lexicon?
- b. ¿Qué tipo de asociaciones/relaciones existen entre sus constituyentes?
- c. ¿Hasta qué punto está involucrado el procesador en el reconocimiento de una palabra?

Estas cuestiones están interrelacionadas, puesto que la respuesta a una de ellas puede limitar la gama de respuestas posibles a la otra. En principio, como señala Marslen-Wilson (1989), el papel del procesador en el lexicon es mediar entre dos dominios distintos: el representacional y el computacional; es decir, debe establecer, por un lado, una relación entre los datos sensoriales (análisis fonético acústico de la señal que entra del habla) y el sistema de procesamiento léxico y, por otro, una relación entre este sistema y la representación de la información semántica y sintáctica asociada con la palabra que está siendo reconocida y analizada ². Los estudios experimentales parecen confirmar la experiencia subjetiva de que la señal del habla se proyecta inmediatamente, no sólo sobre el nivel léxico, sino también sobre los niveles de interpretación semántica y pragmática.

No analizaremos aquí el tema complejo, y apasionante, de cómo el sistema es capaz de proyectar el sonido sobre el significado con tal rapidez y continuidad sin fisuras. Pero sí queremos analizar algunas propuestas interesantes sobre cómo están listados u organizados los primitivos morfológicos en el lexicon y cómo se relacionan para formar palabras complejas.

Henderson (1989) analiza cuatro tipos de representación morfológica en el lexicon para una palabra derivada del tipo de «felizmente», que se representan en (5):

(5) Tipo 1: feliz-mente; in-feliz; felic-i-dad; feli-ci-tar; etc.

Tipo 2: feliz
in-; -mente; -dad; -tar; -ción; etc.

Tipo 3: feliz
{Apliquense reglas derivacionales D_n, D_g, D_n, etc.}
{Regla flexiva F_n (plural) bloqueada}

Tipo 4: feliz

La notación Tipo 1 considera *felizmente* como una entidad compuesta por dos morfos con una estructura morfológica subyacente, que se puede representar encorchetada como (6):

(6) [[feliz]_{Adj} mente]_{Adv}

² Marslen-Wilson (1989) señala que el analizador («parser») cumple dos funciones: a) *de acceso*, que corresponde al dominio de procesos y funciones basados en la forma; y b) *de integración*, que corresponde al dominio de procesos y funciones basados en el contenido. La rapidez y eficacia del hablante al proyectar el sonido sobre el significado implica un problema de «selección temprana» que involucra las dos funciones. Esto es, la identificación de las palabras del habla, en contextos de producción normales, antes de que se haya acumulado información fonética acústica suficiente como para permitir que la decisión de identificación se haga sólo sobre esa base formal.

Aunque esta representación no resulta muy económica, ofrece una descripción minuciosa de la palabra en el nivel profundo, o sea, una proyección directa de las unidades morfológicas sobre las Reglas de Formación de Palabras. Esta forma de representación de la información lingüística en el lexicon tiene interés en relación con «la indicación perceptual de los detectores de palabras».

La representación Tipo 2 supone que las palabras complejas regulares deben ser analizadas en sus componentes morfológicos como paso previo al acceso léxico, y que el código de acceso es el morfo raíz irreductible. Esto es, un esquema de un afijo particular, como el adverbial *-mente*, se repite dentro de la entrada léxica de cada raíz a la que puede ser afijado. Esta representación permite una cierta economía en el almacenamiento, aunque muy limitada: sólo se releva al lexicon de la carga de repetir el radical para cada formación en la que participa. Ahora bien, un diseño de lexicon con la entrada encabezada por la raíz capta en su organización la relación semántica de las palabras que comparten un radical común; pero, en realidad, el compartir la raíz es un modo muy precario e inseguro de señalar la relación semántica. No podemos imaginar cómo un simple listado de afijos puede expresar toda la instrucción de las reglas de formación de palabras, que rigen factores tan importantes como el orden de aplicación de los afijos, las restricciones sobre la unión de un afijo a una raíz, la interacción fonológica y ortográfica entre la raíz y un afijo. Si estas reglas de formación de palabras no están representadas en el lexicon, entonces necesitaremos una representación léxica de cada combinación de afijos que puedan unirse a la raíz, es decir, una combinación para cada uno de los ejemplos del Tipo 2.

Para eliminar la duplicación de la información del afijo a través de las entradas encabezadas por el tema o radical, se postula el Tipo 4 de representación. Pero este modelo es inadecuado porque deja de lado toda la información de los afijos y se tendría que recurrir a otros mecanismos de reglas no-léxicas para que proporcionaran esa información. Desde la Hipótesis lexicalista de Chomsky (1970) ³ se han descartado las representaciones de Tipo 4 y de Tipo 3, y se asume que la formación de palabras tiene lugar enteramente en el Lexicon. La representación Tipo 3 era la solución a los problemas planteados por la posición transformacional radical. En este caso, cada formación derivada estaba representada en el lexicon por aquellas reglas derivativas que componen su estructura fonológica y su significado, junto con algunas restricciones seleccionales. Scalise (1984) presenta con claridad todos los problemas que plantea esta representación y que la hacen inviable, desde criterios lingüísticos y de adquisición.

³ En «Observaciones sobre la nominalización» (1970), Chomsky llega a la conclusión de que los nombradores derivados no pueden derivarse mediante transformaciones a partir del verbo subyacente, y propone como alternativa el tratamiento «léxico» de esas formas mediante reglas morfológicas que operen en el componente léxico.

La representación del lexicon más extendida en la última década es la llamada Hipótesis del Listado Completo (HLC), según la cual cada palabra tiene su propia entrada léxica y no se necesita un procesador para el reconocimiento de una palabra. Sobre esta hipótesis hay un gran número de variantes. Segui y Zubizarreta (1985) postulan que toda palabra tiene su propia entrada, pero que todas las entradas para las palabras complejas están enlazadas, en la organización del lexicon, con una entrada básica para la palabra no flexionada o raíz. Por ejemplo: *felizmente* podría tener su propia entrada en el lexicon, pero podría estar enlazada a la entrada básica *feliz*, como lo estarían las entradas para *felicitar*, *infeliz*, *felicidad*, etc. La entrada básica es el *núcleo* del grupo de todas las entradas y todas las otras son los *satélites*. La mayoría de los modelos de listado completo proponen: el **listado** para las formas comunes y/o conocidas, y el **procesamiento** como un mecanismo de reserva («backup») para formas no reconocidas previamente o no comunes.

2. EL PROCESAMIENTO LÉXICO

Desde una perspectiva psicolingüística, donde se asigna al procesador un papel en el reconocimiento de la palabra, se asume que la operación básica del procesador en el reconocimiento de la palabra es quitar el/los afijos, para acceder a la raíz remanente y luego se consulta esta raíz en el almacén de raíces. Sin embargo, investigadores como Hankamer (1989) opinan que todas las versiones de la Hipótesis del Listado Completo son insostenibles si se presentan como hipótesis universal acerca del lenguaje humano en general. Su argumento se basa en la extraordinaria complejidad morfológica de las lenguas aglutinantes (con el turco como ejemplo central), que permiten la formación de un radical por medio de la afijación a radicales previamente derivados, procedimiento éste de gran productividad. Sostiene que el modelo de procesador morfológico que requieren esas lenguas no puede ser el de «quitar los afijos» sino que debería permitir el «reconocimiento de la raíz» antes que el reconocimiento de los afijos. La diferencia entre estas dos maneras de funcionamiento del procesador es importante. Se podría pensar que la estrategia «quitar el afijo» goza de las mismas ventajas que «primero la raíz» si adoptamos la dirección planteada universalmente, en todas las lenguas, «de izquierda a derecha». Sin embargo, Hankamer señala una asimetría muy significativa: el conjunto de afijos determinados para un radical es un conjunto finito, y siempre muy pequeño; mientras que el conjunto de radicales determinados por un afijo es siempre muy amplio. En las lenguas implicadas en nuestro estudio se da esta asimetría por lo que suponemos que el procesamiento de las palabras derivadas, del tipo de los adverbios en *-mente*, se basa en el principio de identificación del sufijo.

Este análisis de la organización del léxico nos sugiere que los principios universales que lo sustentan y que pertenecen a la GU están parametrizados, de

manera que los datos a los que el niño esté expuesto le permitirán fijar el valor adecuado, según correspondan a una lengua con una estructura morfológica rica y regular, o a una morfología empobrecida.

En los estudios de adquisición de lenguas extranjeras se plantea el hecho de que la gramática no nativa consta también de este conocimiento lingüístico, organizado de forma modular, y por consiguiente podemos suponer que la interlengua española de los hablantes no nativos contiene, aunque sea en parte, esta competencia morfológica del español nativo.

Parece obvio que, si los hablantes, nativos y no nativos, no encuentran el verbo *canto* en el nombre agentivo *cantor*, o *pinta* en *pintor*, el lingüista no tendría ninguna base para postular una regla derivacional de sufijación con *-or* como parte de la gramática del español. Estos casos no presentarían ninguna particularidad frente a otros que coinciden con ellos en los fonemas finales, como *calor* u *olor*. El aprendizaje de una RFP depende del descubrimiento de, al menos, un pequeño conjunto de palabras que se someten a un análisis morfológico común. Y, si el niño falla al hacer tal descubrimiento como parte de su adquisición del lenguaje, entonces la gramática del lingüista no tiene valor científico y se transforma en un puro artefacto descriptivo. Derwing y Baker (1986) han aportado pruebas, aunque limitadas, de que el niño lleva a cabo una cierta cantidad de análisis morfológico y extrae reglas del tipo mencionado. Además, han probado ciertas variables involucradas en el reconocimiento de los morfemas, como los factores de similitud en el significado y similitud en la forma (o sonido) que, desde siempre se intuía que tenían un papel crucial en este proceso de reconocimiento. De los resultados de estos trabajos se pueden extraer las siguientes conclusiones:

i. Sobre la base de juicios independientes de similaridad semántica y fonética entre pares de palabras seleccionadas, los juicios seguros de relaciones morfológicas de sujetos adultos requirieron, en más de un 50%, la similaridad semántica (la similaridad fonética en un 30%). Aunque ambos factores juegan un papel crucial en el reconocimiento de morfemas, la **conexión semántica** es la más importante.

ii. La habilidad para reconocer morfemas se adquiere de manera lenta, pero segura y consistente, en el sentido de que las relaciones morfológicas que fueron más transparentes para los adultos también fueron las que los niños identificaron con más facilidad.

iii. Hay pruebas de que, además de la similitud semántica y fonética, otras variables influyen en los juicios de una tarea de reconocimiento de morfemas, tales como la similitud ortográfica, el conocimiento de la etimología, o factores como la productividad del supuesto afijo añadido.

Clark y Clark (1979) y Clark (1982) estudiaron casos de creatividad léxica, característica muy común en el habla de los niños, que explotan lo que ya conocen de su lengua para crear palabras nuevas. Sus datos sugieren que los meca-

nismos con que cuentan los niños en el proceso de innovación están basados en el uso de reglas de la gramática y no en la analogía. Clark y Hecht (1982) confirmaron en sus investigaciones los datos obtenidos por Derwing y Baker en cuanto a la adquisición de los morfemas derivativos mencionados antes, y señalaron tres principios que subyacen a estos resultados:

i. Un principio de **transferencia semántica**, basado en las primeras sugerencias de Slobin (1985), que implica, por un lado, que el niño preferirá las formas familiares a las no familiares en la construcción de nuevas combinaciones (de ahí que los compuestos preceden al uso innovador de los sufijos ligados) y, por otro, que el niño usa cada nueva forma primero con un solo significado (en este caso sólo el significado agentivo y no el instrumental para *-er*).

ii. Un principio de **productividad**, basado en la misma noción de frecuencia o de «intensidad de la regla», perfilada por Derwing y Baker (1979), que influye fuertemente en la elección de **cuál** construcción o significado se adquiere primero.

iii. Un principio de **convencionalidad**, que sirve para dar una explicación al misterioso proceso por el que el niño abandona eventualmente sus propias formas innovadoras (i.e. *build-man*, *blow-machine*) en favor de aquellas formas usadas convencionalmente por los otros miembros de su comunidad lingüística para expresar el mismo significado (i.e. *builder*, *blower*).

3. EL LEXICÓN Y LAS REGLAS DE FORMACIÓN DE PALABRAS (RFP) EN LE

De todo lo anterior podemos inferir que los niños, cuando adquieren su lengua materna, o los adultos que aprenden una L2, no deben aprender la disponibilidad para los procesos morfológicos de formación de palabras complejas sobre una base de ítem por ítem, uno a uno, aisladamente, sino que, por el contrario, lo hacen de otra manera más económica y más universal. La hipótesis más fuerte, pero también la más atractiva es suponer que la adquisición de la competencia morfológica de los no nativos puede estar constreñida por principios o reglas de la GU, sea porque acceden directamente a ella, sea a través de la propia L1. Si los adultos que aprenden una L2 no acceden a esos principios porque ya no están disponibles, o no los usan, diferirán en la formación de las palabras morfológicamente complejas, con respecto a los hablantes nativos. No estamos planteando que la diferencia entre competencia nativa y no nativa se deba a la existencia de un período crítico que impida el acceso a la GU en el sentido tradicional (Lenneberg, 1967) ⁴, sino que los procesos y mecanismos cognitivos que

⁴ Discusiones recientes (el trabajo de Flynn y Manuel con la respuesta de Birdsong, en Eubank (1991)) han puesto de manifiesto que, si bien es evidente que existen efectos que depen-

subyacen a la adquisición de una lengua por niños y adultos pueden ser divergentes en algunos aspectos (Felix, 1988; Coppieters, 1987) ⁵.

La estructura léxico-conceptual (ELC) de las instancias léxicas está sujeta a principios universales, de manera que, lo que llamamos GU construye no sólo la gramática de la lengua, sino también la organización y el almacenamiento del lexicon mental. Jackendoff (1992: 53) propone la existencia de Conceptos-I(nteriorizados) como una parte de la Lengua-I(nteriorizada) del modelo chomskyano. Esto es, la construcción de las estructuras léxico-conceptuales se realiza universalmente a partir de **Reglas de Buena Formación Conceptual**, que caracterizan el espacio de los conceptos posibles (el conjunto de conceptos alcanzados por un hablante será un subconjunto de ellos), y de las **Reglas de Inferencia**, que constituyen las relaciones entre las estructuras conceptuales, que especifican cómo pasar de un concepto a otro, y que incluyen también principios de pragmática y de heurística. Además, las estructuras conceptuales están enlazadas a las estructuras lingüísticas y a las representaciones para la percepción y la acción por medio de las Reglas de Correspondencia, de manera que la experiencia perceptual esté codificada de forma adecuada para la expresión lingüística. Todas estas restricciones tienen efecto sobre el significado de las palabras y sobre cómo se las usa y se las comprende en contextos lingüísticos y no lingüísticos.

Si aceptamos la existencia de esta dotación genética, podemos asumir que el significado de una palabra es un fragmento de estructura conceptual que está unido, en la memoria a largo plazo, a una estructura fonológica y a una estructura sintáctica (su categoría gramatical y otras propiedades sintácticas como el género, marcado de caso, etc). No se excluye la posibilidad de que los significados de las palabras contengan estereotipos, extensiones léxicas u otros matices expresivos, más o menos idiosincrásicos; lo que se establece es que, si todos estos fenómenos son parte del significado de las palabras (y de los afijos), ellos deben estar constreñidos por las Reglas de Buena Formación Conceptual. Ahora bien, estas Reglas no se aprenden, porque ellas son el fundamento sobre el que se basa el aprendizaje. Dadas las características de estas Reglas, podemos suponer que hacen posible la construcción del lexicon de L1 y el de las otras L2 que se adquieran posteriormente.

Cuando el hablante (y el lingüista) descubre que una palabra consta de más de un constituyente establece una relación de identidad o de similitud semántica y fonológica entre una subparte de una palabra y una subparte de otra. Esto

den de la edad en la adquisición de L2, no parece que exista realmente un período crítico en la pubertad, rápido y definitivo, que impide el acceso a la GU a los que pasaron esta etapa. Los cambios cruciales ocurren más bien alrededor del primer año de vida del niño, lo que no tiene ninguna relación con la diferencia de los procesos de adquisición del lenguaje en niños y adultos.

⁵ En este sentido no conviene olvidar la incidencia que pueden tener otros factores, independientes de la teoría lingüística, tales como la cantidad y calidad de la exposición al aducto de la LO, la motivación, la estructura neurológica o la edad de comienzo de la adquisición de la L2.

es, cuando se aprende una palabra morfológicamente compleja, se conecta esta forma con un material léxico existente sobre la base de su significado y su forma fonológica. La palabra no se desmembra físicamente, pero se identifican sus partes. Podemos suponer que el almacenamiento y la organización del léxico está sujeta a principios universales que garantizan una serie de habilidades comunes a todos los hablantes, nativos y no nativos, como las enunciadas en (7), extraídas de Bybee (1988):

- (7) a. Habilidad para almacenar cadenas de material lingüístico en una representación semántica y fónica.
- b. Habilidad para formar conexiones de esta naturaleza entre sus partes.
- c. Habilidad para organizar los estímulos sensoriales (o de otro tipo, en los adultos) en categorías lingüísticas.
- d. Habilidad para conceptualizar la estructura interna de una palabra compleja como un conjunto de relaciones con otras palabras. Estas relaciones varían en el grado en que se establece como consecuencia de la naturaleza y cantidad de rasgos fónicos y semánticos que comparten ⁶.

Los trabajos de la última década sobre el lexicon de L2 se han planteado dos cuestiones fundamentales: por un lado, si el léxico de cada lengua tiene su propio compartimento mental, o ambos están integrados (separación/continuidad); por otro, si la organización del lexicon de la L1 es similar al de la L2 (similaridad / diferencia). Meara (1984: 233) sostiene que el lexicon de L2 «parece diferente al de los nativos, con una organización más floja y predominantemente fonológica» ⁷. Laufer (1989), en la misma línea, mantiene que mientras en el lexicon mental de los hablantes nativos hay fuertes enlaces semánticos entre las palabras, las conexiones entre las palabras en la L2 son ante todo fonológicas. Es verdad que los niños en su LM y los que aprenden L2 realizan asociaciones sonoras («clang»), es decir, proporcionan respuestas que son fonológicamente similares a los estímulos; pero ésta es una función que se da en niveles de poco dominio de una lengua, independientemente del carácter nativo o no nativo (Söderman, 1989) ⁸. Singleton y Little (1991) han encontrado pruebas, mediante datos experimentales con C-Test ⁹, de que el procesamiento del léxico de L2 depende de

⁶ En el modelo de Bybee, estas y otras generalizaciones, llamadas «reglas» en otros modelos morfológicos, son parte de la representación y surgen de la organización de la sustancia fonética y semántica del lenguaje.

⁷ Cito de Singleton y Little (1991). Esta inferencia de Meara deriva del hecho de que las repuestas de los sujetos a los estímulos de la L2 tendían no sólo a ser diferentes de las repuestas de los hablantes nativos, sino también a variar más, de sujeto a sujeto.

⁸ La cita de estos dos autores también corresponde a Singleton y Little (1991). La tendencia a asociaciones de tipo sintagmático en los niños, y paradigmáticas en los adultos también se da en los niveles de principiantes y de avanzados de L2, respectivamente. El cambio en el tipo de asociación (y de respuesta) tiene que ver, más bien, con el nivel de dominio del ítem léxico (Söderman, 1989)

⁹ Tarea de restaurar para completar un texto escrito en el que se ha suprimido la segunda mitad de todas las segundas palabras.

señales y conexiones semánticamente motivadas, esto es, apropiadas al contexto y bien formadas en la mayoría de los casos. Llegan a la conclusión de que las tareas difíciles (de procesamiento y recuperación léxica) obtienen soluciones divergentes en L1 y en L2, mientras que las tareas fáciles obtienen soluciones convergentes en ambas lenguas.

En el estudio realizado sobre la RFP que deriva adverbios en *-mente* (Baralo, 1994), y en los datos recogidos por Lagunas (1992) sobre nominalizaciones en español/LE no hemos encontrado diferencias cualitativas entre los procesos de adquisición de la LM y la LE, en el almacenamiento de las representaciones léxicas y sus interconexiones, y en las reglas generales y productivas que subyacen a su organización. El análisis de las nominalizaciones permite observar la dicotomía entre lo parametrizado, que puede ser adquirido en L2, y lo idiosincrático, que escapa a la competencia del no nativo, incluso cuando ha llegado a alcanzar un dominio bastante profundo del español/LE, diferencia que se pone de manifiesto en la variabilidad de los sufijos nominalizadores utilizados.

En la investigación de Baralo (1994), el análisis de los resultados de las tareas de producción léxica y de interpretación semántica, llevada a cabo por 40 informantes de español, inglés, francés y alemán, sobre cincuenta posibles bases léxicas, de las cuales sólo el 50% cumplían con las restricciones categoriales y semánticas de la RFP de adverbios en *-mente*, nos permitió comprobar las siguientes hipótesis de similitud entre la organización del lexicon de LM y de LE:

- (8) a. El procesamiento léxico depende básicamente de señales e interconexiones semánticas.
- b. Se utilizan estrategias de creatividad o innovación como respuesta a los problemas léxicos.
- c. La LM influye en el procesamiento de L2, no sólo mediante la simple transferencia de un ítem, sino más bien en la sobregeneralización de una determinada RFP, de mayor capacidad generativa en la LM.

Aún dando por fundada esta afirmación, los resultados de nuestra investigación nos muestran tres aspectos interesantes, que necesitan algún tipo de explicación:

- (9) a) entre los hablantes nativos y los no nativos existen diferencias estadísticamente significativas en la producción de adverbios en *-mente*, a partir de adjetivos que no los licencian;
- b) en términos de porcentajes absolutos las diferencias entre las IL de los hablantes de inglés, francés y alemán, con respecto al español, no son iguales;
- c) las variaciones en la IL son diferentes, entre los tres grupos de no nativos, en relación a las restricciones semánticas que el afijo impone a la base.

Estas diferencias nos podrían inducir a pensar que los datos confirman las hipótesis iniciales basadas en el papel que podría desempeñar la LM con respecto a la transferencia de las palabras morfológicamente complejas de la L1 a la IL

española: los franceses se diferencian de los nativos en un 5,2% con respecto a la aplicación de la RFP, los alemanes en un 10,5% y los ingleses en un 15,2%, en relación a las restricciones semánticas negativas. Los dos casos que diferencian a los tres grupos lingüísticos, entre sí, y con respecto a los hablantes nativos de español, son el de los adjetivos en *-ble* y el del adjetivo *contento*. No es posible explicar la formación de palabras como **demostrablemente* o **contentamente* por un proceso de transferencia de la L1 a la L2, ya que estos adjetivos existen en las LM respectivas y no licencian la formación de adverbios mediante la RFP correspondiente.

Por los datos que tenemos, parece claro que la transferencia no se produce de una manera directa, esto es, ítem de L1 a ítem de L2. Lo que podría influir (transferir a) en la IL, en el caso del inglés/LM, es la productividad de una RFP semejante, productividad que lleva a un fenómeno de sobregeneralización de la regla adquirida. La explicación más coherente que podemos dar a estos datos es que en la IL se producen fenómenos de sobregeneralización, esto es, un superconjunto de palabras de determinado tipo con respecto al conjunto de la LO, y que sólo puede ser restringido por una mayor exposición al aducto de la LO, o por medio de la evidencia negativa (instrucción y corrección).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AITCHISON, J. (1988): «All Paths lead to the Mental Lexicon». En S. Flynn y W. O'Neil: *Linguistic Theory in Second Language Acquisition*. Kluwer Academic Publishers. Dordrecht.
- ANDERSON, S. (1992): *A-Morphus Morphology*. Cambridge University Press.
- BARALO, M. (1994): *La adquisición de la morfología léxica en el español/LE: aspectos morfológicos, sintácticos y semánticos de los adverbios en -mente*. Tesis doctoral. Instituto Universitario Ortega y Gasset. Universidad Complutense de Madrid.
- (1993): «Errores y fosilización». En colección *Aula de Español N.º 1*. Universitas Nebrissensis. Madrid.
- BLOOMFIELD, L. (1933): *Language*. New York. Holt, Rinehart and Wiston.
- BYBEE, J. L. (1988): «Morphology as Lexical Organization». En M. Hammond y M. Noonan: *Theoretical Morphology: Approaches in Modern Linguistics*. Academic Press. London.
- CHOMSKY, N. (1970): «Remarks on nominalizations». En R. Jacobs y P. Rosenbaum (eds.): *Reading in English Transformational Grammar*. Ginn. Waltham, MA.
- (1995): «Some Notes on Economy of Derivation and Representation». En *The Minimalist Program*. The MIT Press. MA: 129-160.
- CLARK, E. (1982): «The young word marker: a case study of innovation in the child's lexicon». En Wanner y Gleitman (eds.): *Language Acquisition: the State of Art*. Cambridge University Press.
- CLARK, E. y CLARK, H. (1979): «Universals, relativity and language processing». En Greenberg, J. H. (ed.): *Universals on Human Language*. Vol. 1: *Method and Theory*. California. Stanford University Press.

- CLARK, E. y HETCH, B. (1982): «Learning to Coin and Instrument Nouns». En *Cognition* 12: 1-24.
- COPPIETERS, R. (1987): «Competence differences between Native and Fluent no Native Speakers». En *Language* 63: 544-573.
- DERWING, B. y BAKER, W. (1979): «Morpheme Recognition and the Learning of Rules for Derivational Morphology». En P. Fletcher y M. Garman (eds.): *Language Acquisition*. Cambridge University Press.
- (1986): «Assesing Morphological Development». En P. Fletcher y M. Garman (eds.): *Language Acquisition*. Cambridge University Press.
- FELIX, S. (1988): *Cognition and Growth*. Dordrecht. Foris.
- EUBANK, L. (1991): *Point / Counterpoint. Universal Grammar in the Second Language*. John Benjamin. Amsterdam.
- HANKAMER, J. (1989): «Morphological Parsing and the Lexicon». En Marslen-Wilson (ed.).
- HENDERSON, L. (1989): «On Mental Representation of Morphology and its Diagnosis by Measures of Visual Acces Speed». En Marslen-Wilson (ed.).
- JACKENDOFF, R. (1992): *Languages of the Mind*. MIT Press. Cambridge. Mass.
- LAGUNAS, C. (1992): *Morfología léxica con relevancia sintáctica: causativas y nominalizaciones en el español como lengua extranjera*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma. Madrid.
- LENNEBERG, E. (1967): *Biological Foundations of Language*. New York. Wiley.
- MARSLÉN-WILSON, W. (ed.) (1989): *Lexical Representation and Process*. MIT Press. Cambridge.
- SCALISE, S. (1984): *Morfología generativa*. Versión española de J. Pasó y S. Varela (1987). Madrid. Alianza Universidad.
- SEGUI, J. y ZUBIZARRETA, M. L. (1985): «Mental Representation of Morphologically Complex Words and Lexical Acces». En *Linguistic* 23, 759-74.
- SINGLETON, D. y LITTLE, D. (1991): «The Second Language Lexicon: Some Evidence from University Level Learners of French and German». En *Second Language Research* 7, 1: 61-81.
- SLOBIN, D. (1985): *The Crosslinguistic Study of Language Acquisition*. New York. Hillsdale.

